

30. TODO LO QUE PIDIEREIS

Capítulo 30 de la publicación 'interna' del Opus Dei: Vivir en Cristo

Pater... pro eis rogo... pro his quos dedisti mihi 1. Jesús ruega al Padre por nosotros, por los que le hemos sido dados. El, que es el Verbo, no necesita pedir nada. Pero rogó allí, en el Cenáculo, delante de los Doce, para dejarles bien clara la lección de nuestra indigencia, para enseñarnos a pedir.

Bien sabe nuestro Padre Dios que cada instante de nuestra existencia es fruto de su largueza, que lo necesitamos todo, que hemos de recibirlo todo, que no tenemos nada. Y El, que es Nuestro Padre, que nos ama como a hijos, vuelca sobre nosotros, constantemente, el tesoro de sus gracias, de sus bienes, incansable. Pero precisamente porque nos ama tanto, quiere que reconozcamos nuestra dependencia, nuestra pobreza; quiere que pidamos, que elevemos nuestra súplica al Padre Nuestro que está en los cielos.

Si esto nos lleva a reconocer que no tenemos nada, que todo lo hemos de recibir como un don, como una gracia a la que no se tiene derecho; de otra parte, nos hace entender esa finura del amor divino que quiere oír nuestra oración, nuestra súplica: recordar que *Dios quiere ser rogado, quiere ser coaccionado, quiere ser vencido por una cierta importunidad* 2.

Cuando los discípulos dijeron al Señor: *Domine, doce nos orare* 3, enséñanos a orar, Jesucristo nos dio una fórmula sencilla, con el fuerte acento de la confianza filial, en donde se mezclan y entrecruzan los deseos de la gloria de Dios, con la petición por nuestras necesidades

(1) *Ioann.*, XVII, 9;

(2) San Gregorio Magno, *Ps. 6 Paenit.* n. 2;

(3) *Luc.* XI, 1;

espirituales y materiales, con la ingenua audacia de quien se sabe muy querido: *panem nostrum quotidianum da nobis hodie* 4, danos el pan nuestro de cada día...

CONDICIONES DE LA PETICIÓN

Para inducirnos a esta oración de súplica, que nos es tan necesaria, Jesús quiso darnos toda suerte de garantías, al tiempo que nos mostraba las condiciones que ha de tener siempre nuestra petición. Y daba argumentos, ponía ejemplos para que lo entiendiéramos bien: *si entre vosotros un hijo pide pan a su padre: ¿acaso le dará una piedra?; o si pide un pez, ¿le dará en lugar de un pez una sierpe?; o si pide un huevo, ¿por ventura le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno a los que se lo piden!* 5. Nuestra oración ha de ser confiada, serena.

Esa misma confianza nos lleva a ser perseverantes en la petición, a insistir, seguros de que al fin recibiremos, puesto que para eso pedimos: *rogué una vez, dos, tres, diez, veinte veces, y no recibí nada. No ceses, hermano, hasta que recibas; el fin de la petición es el don recibido. Cesa cuando recibas; más aún, ni siquiera entonces ceses, sino persevera todavía. Si no recibes, pide para que recibas; cuando recibas, da gracias por haber recibido* 6

Insistir como aquel amigo importuno que no tenía panes, como aquella viuda indefensa que clamaba día y noche ante el juez inicuo; pedir insistentemente, porque Jesucristo nos alienta a no cesar: *pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide recibe, y quien busca halla, y al que llama se le abrirá* 7.

Mucho vale la oración perseverante del justo 8. Y puede tanto, porque Cristo encabeza nuestra oración y el Espíritu Santo la suscita en nuestra alma, cuando ni siquiera sabemos lo que debemos pedir.

Quien ha de conceder pide con nosotros que nos sea concedido. ¿Cabe acaso mayor seguridad de recibir? Nuestro Padre Dios *está a la derecha del pobre* 9, con una prontitud en su largueza que no tiene semejanza posible en la tierra. Tan cerca está de nosotros, con tal amor espera

(4) *Ibid.*, 3;

(5) *Ibid.*, 11-13;

(6) San Agustín, *In dimiss. Chan. serm.* 10;

(7) *Luc.* XI, 9-10;

(8) *Iacab.* V, 16;

(9) *Ps.* CVIII, 31;

nuestra súplica, que *pedirás auxilio y el Señor contestará: ¡heme aquí!* 10. Ni siquiera la imagen de los padres de la tierra sirve ya para dar a entender tanta misericordia de Dios. Porque, *¿qué padre oirá así a sus hijos y a sus nietos? ¿Qué madre estará tan pronta y dispuesta si sus hijitos la llaman? Nadie ciertamente, ni padre, ni madre; sino sólo Dios* 11. Todos tenemos la misma íntima experiencia que narran los salmos: *El escuchó mi voz desde su templo y penetró mi grito en sus oídos* 12.

UNIDAD DE INTENCIONES

Nuestra oración alcanza su máxima eficacia, es oída con espacialísima atención y gozo por Dios, cuando rogamus juntos, cuando rezamos unidos. Os *digo más: que si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos* 13. Y la oración de Cristo es la misma omnipotencia de Dios; por eso, *cuando veas que no te ha sido quitada la oración estate seguro, porque tampoco se ha apartado de ti su misericordia* 14.

Esta oración unida de súplica a Dios ha sido, desde los comienzos de la Obra, nuestro recurso habitual. Somos, fundamentalmente, una gran familia que reza. Hemos elevado nuestros corazones a Dios colectivamente muchas veces, aparte de nuestras Preces cotidianas, ante las dificultades y los obstáculos, ante la ausencia de medios, en los comienzos y en medio y al final de toda labor. ***Como los apóstoles; nosotros estamos omnes pariter in eodem loco, todos unánimes en un mismo lugar (Act. II, 1), perseverando en la oración, en el sacrificio y en el trabajo*** 15. Hemos vencido siempre con la oración confiada y perseverante de todos.

Los obstáculos de toda suerte, la puesta en marcha de nuevas labores de envergadura, los pasos decisivos de la Obra de Dios en la tierra, han sido siempre ocasión para que el Padre dirigiese nuestra oración en unidad de intenciones, vibrante, unánime. Esta es la fórmula que brinda nuestro espíritu para el éxito de todo apostolado, porque ***el arma del Opus Dei no es el trabajo: es la oración.***

(10) *Isai.* LVIII, 9;

(11) San Jerónimo, *In Matth. comm.* 55, 5;

(12) *Ps.* XVII, 7;

(13) *Matth.* XVIII, 19-20;

(14) San Agustín, *Enarr. in Ps.* 65, 4;

(15) *Instrucción*, 1-IV-1934, n. 43;

Por eso convertimos el trabajo en oración, y tenemos alma contemplativa.

Todo lo fiamos nosotros a la oración. Las vocaciones, porque ***la oración es el medio más eficaz de proselitismo*** 16. La acción misma, porque entendemos ***el apostolado de acción como fruto sabroso de la oración y del sacrificio.*** Los medios, y la eficacia de esos medios. Todo lo hemos pedido, *ciertos de que la oración es siempre fecunda.* El trabajo, la acción, ha venido después de rezar y después del sacrificio, como muestra a los ojos del Señor de la rectitud de intención con que pedimos.

La Obra de Dios viene a cumplir la Voluntad de Dios. Por tanto, tened una profunda convicción de que el cielo está empeñado en que se realice 17. Y ha sido esta convicción la que nos ha llevado a orar confiadamente, muy unidos a nuestro Padre; y hemos acabado siempre con una acción de gracias, porque la misericordia de Dios se ha derramado sin medida.

El camino recorrido hasta hoy por la Obra está sembrado de oración: cada paso ha sido una oración. Y éste será en adelante y para siempre el modo de andar del Opus Dei. Por eso el Padre nos quiere muy rezadores, y nos pide que encomendemos al Señor unas intenciones precisas, encauzando nuestra unidad y nuestra fuerza, para que el Señor reciba la dulce coacción de la súplica de sus hijos. De este modo seguimos viendo, desde el primer momento, que las peticiones de ayer son las realidades de hoy. Peticiones de ayer que el Señor mismo puso en nuestros corazones, cuando determinó que la Obra se hiciese. Deseos apostólicos que Dios puso en nuestra alma, y que luego ha superado, concediendo mucho más de lo que pedíamos.

Nos unimos con alegría a esos cauces de petición que el Padre nos ofrece, y procuramos hacer muy continua nuestra súplica, levantando al Señor muchas veces nuestro corazón *-cor unum et anima una* 18- en demanda de ayuda. Siempre, sin interrupción, de modo habitual, nuestra alma está en actitud de súplica, con disposición de hijo, con la seguridad de recibir lo mejor. Y es esta disposición la que alienta toda nuestra vida, la que impulsa nuestro trabajo y hace alegre el camino, como nos ha dicho el Padre: ***¡qué seguridad os tiene que dar la oración, hijos míos! Rezar, rezar es el sistema; luego, a trabajar con serenidad y alegría.***

(16) *Camino*, n. 800;

(17) *Instrucción*. 19-III-1934, n. 47;

(18) *Act*. IV, 32.

[Volver al índice de Cuadernos 3: Vivir en Cristo](#)
[Volver a Libros silenciados y Documentos internos del Opus Dei](#)
[Ir a la correspondencia del día](#)
[Ir a la página principal](#)